

ASÍ HABLÓ NIETZSCHE

AUTORES DESCONOCIDOS

I | FRIEDRICH NIETZSCHE: ENTRE EL ANTIGERMANISMO Y LO DIONISIACO

Pocas veces la humanidad ha recibido un legado cultural que ha merecido tan encontradas interpretaciones como la obra de Nietzsche. Albert Camus lo caracterizó como rebelde metafísico enfrentado a un Dios-Ídolo al que acusa de indiferencia ante el mal y anuncia el tiempo del alejamiento de los dioses y el de la soledad de los hombres. Ernst Bertram lo llamó “heredero de los que llevan dentro de sí el espíritu de oposición luciferino”. Se lo ha considerado el más coherente de los racionalistas, pero también el primer filósofo existencial, o el primero que logró salir de la historia de la metafísica, o el instaurador de una dialéctica entre Dioniso y Jesús. Se ha visto en su anti-cristianismo una expresión de religiosidad. Marxistas como Lukács lo ubican como el pensador del irracionalismo burgués del período imperialista mientras que la Escuela de Frankfurt se sintió heredera del heraclitismo nietzscheano en el que se unirían historicidad y nihilismo. Para Derrida el nombre de Nietzsche designa actualmente en occidente al único que abordó la filosofía y la vida, la ciencia y la filosofía de la vida con su nombre, en su nombre, involucrando su biografía.

Contradicciones, tensiones. Y no obstante o quizás precisamente por ello su espíritu no deja de campear en este siglo que ya culmina y que contrasta con la indiferencia que el filósofo cosechó durante el otro fin de siglo que clausuró y la tardanza en ser acogido en el seno de la filosofía institucional.

Más allá de la mucha tinta que ha corrido para defenestrar o elogiar —casi siempre de modo reduccionista— su prolífica obra lo cierto es que hubo un punto en el que cosechó seguidores por izquierda y por derecha y éste es el de su vínculo con el germanismo. Un germanismo mítico hecho a imagen y semejanza de sus diferentes epígonos. Gottfried Benn se pregunta “*¿Qué culpa tiene Nietzsche de que los políticos se encarnasen en él?*” y Miguel Morey lo defiende contra “*el triste pillaje y manipulación de su pensamiento por la barbarie nazi, posibilidad presentida por el propio Nietzsche desde, por lo menos 1884, lo que le empujaría a distanciarse explícitamente de todo lo alemán en general, y aún más del pangermanismo en particular*”.

Tomás Abraham considera que en sus primeras obras Nietzsche se inscribe en el movimiento que pugna por la reforma de la cultura alemana: “*Mientras en Alemania abundan las corrientes políticas de reforma social, el ideal de una nueva cultura transmite el deseo de nuevos valores y de nuevos líderes*”.

Se sabe de las operaciones políticas de su hermana Elisabeth para procurarle trascendencia a Friedrich Wilhelm aún después de su muerte, las que no cesaron hasta lograr cierta canonización del filósofo por parte de Hitler. Al respecto anota Gilles Deleuze: “*Se sabe que los nazis tuvieron relaciones ambiguas con la obra de*

Nietzsche: ambiguas porque les gustaba utilizarla, pero no podían hacerlo sin despedazar citas, falsificar ediciones, prohibir textos principales”. Nietzsche escribió en 1883 a Overbeck: “No me gusta mi madre, y cada vez que oigo la voz de mi hermana me chirrían los oídos; siempre que he estado con ellas he caído enfermo”. El matrimonio de Elisabeth con Bernhard Förster, un maestro racista wagneriano berlinés [con veleidades de “colonizador” de una Nueva Alemania en el Paraguay que predicaba el antisemitismo] fue censurado por Nietzsche al punto que escribe a Burckhardt: “...Todos los antisemitas deberían ser suprimidos”. Y en otros textos: “No frecuentar a nadie que esté implicado en esta fumistería desvergonzada de las razas” y también “Pero en fin, ¡qué creéis que siento cuando el nombre de Zarathustra sale de la boca de los antisemitas”

En sus escritos el filósofo es tajante en cuestionar la supuesta profundidad alemana, la mezcla de razas. Ante la pureza nazi de lo ario Nietzsche opone la heterogeneidad de la hibridez: El alma alemana es, ante todo compleja...los alemanes son inasibles, desconocidos, incalculables, terribles, escapan a la definición. Son un pueblo medio en todos los sentidos. El alemán no es sino que deviene, posee una palurda indiferencia frente al gusto, sintetiza el encuentro de lo más noble con lo más vulgar, digiere mal sus acontecimientos, ama la comodidad intelectual, es complaciente, posee una apariencia de profundidad y de arrojo prusiano. Inclusive en su afán antigermánico Nietzsche arremete contra Beethoven en favor de Mozart, opina que leer libros en alemán son una torura y que, para quien dispone de un tercer oído, los músicos alemanes ignoran la armonía y escriben mal.

Deleuze afirma que si bien es cierto que en Nietzsche no

faltan consideraciones raciales *“la raza no interviene más que como elemento en un cruzamiento, como factor en un complejo fisiológico, a la vez que psicológico, político, histórico y social”*.

En una carta a Fritsch, autor antisemita y racista le escribe Nietzsche: *“Le ruego que tenga a bien no enviarme más sus publicaciones: temo por mi paciencia”*.

En su Ensayo de autocrítica de 1886 escribe Nietzsche: *“He aprendido a pensar sin esperanza ni indulgencia alguna acerca de ese “ser alemán”, y asimismo acerca de la música alemana de ahora, la cual es romanticismo de los pies a la cabeza y la menos griega de todas las formas de arte: además, una destrozadora de nervios de primer rango, doblemente peligrosa en un pueblo que ama la bebida y honra la oscuridad como una virtud...”*

En el inicio de su crisis, al límite de su lucidez, a fines de 1888 en una carta a Overbeck declara su deseo de crear una liga europea antialemana.

Para Thomas Mann el pensamiento de Nietzsche es impolítico (en tanto afirmación de valor y lo político como disvalor) y encierra el germen de cierta sobre-alemanidad. Representa la potencia espiritual de Alemania, país cuya misión sería afirmar la potencia de lo impolítico como camino hacia su universalización. Massimo Cacciari polemiza contra esta postura pues no halla que en Nietzsche lo político sea un disvalor. Lo impolítico no significa supra político sino crítica de la ideología de lo político. O, como claramente lo expresa Abraham: *“Es un antipolítico, un crítico de la política como forma de superación de los dolores humanos”*

Gianni Vattimo considera que la interpretación del pensamiento de Nietzsche ha oscilado entre la afirmación de su inactualidad (tan solo un fenómeno artístico) hasta su consideración por el nacionalsocialismo como un pensamiento de actualidad sobrecogedora. Tal la interpretación nazi de su pensamiento sobre la voluntad de poder que inaugura el libro de A. Baeumler de 1931: Nietzsche, filósofo y político.

Georges Bataille dedica un capítulo de sus estudios (Nietzsche y el nacionalsocialismo) a demostrar la incompatibilidad radical entre sus ideas y las de un reaccionario fascista. Ve en la exaltación de los valores dionisiacos la contrapartida de la posición de un Rosemberg quien en su Mito del siglo XX denuncia el culto de Dioniso (“un dios desconocido” de quien Nietzsche se consideraba discípulo) como no ario. *“La juventud necesita estadios y no bosques sagrados”, afirmará Hitler.*

Rechazo a un Dioniso portador (junto con su sensualidad, su danza, su risa, su juego, su fuerza creadora) de un mensaje donde al decir de Deleuze la multiplicidad, el devenir, el respeto por las diferencias, el azar *“son suficientes y objetos de alegría en sí mismos”*, la alegría propiamente filosófica. Un Baco, dios del vino y de las fuerzas productoras de la Tierra en cuyo ritual orgiástico se ha advertido el surgimiento de la tragedia.

II | OBSCENIDAD

La filosofía de Nietzsche como crítica de la cultura, ha supuesto un ejercicio previo, un ejercicio que problematiza la propia vida, donde Nietzsche se ve a sí mismo como

aquel que superó la enfermedad que había en él. Dicha superación, como veíamos, no significa dejarla tras de sí, sino precisamente tenerla siempre presente, conviviendo con ella, con su presión. Los prólogos nos devuelven en este sentido a Nietzsche aprendiendo a preguntar como parte de un largo ejercicio de auto-superación.

Su obra adquiere sentido toda vez que el prólogo, con su fuerza retórica, nos reubica en el momento experiencial de dicha obra y desde donde emerge y se constituye en texto y libro, como fragmento retórico y estilístico. Toda su filosofía se ilumina desde el espacio experimental desde donde surge. Por ello en cierta medida, la exigencia que impone Nietzsche es hacerse eco del ejercicio que ha realizado y sólo queda para aquellos capaces de enfrentar y resistir tal experimento.

Para Nietzsche la modernidad, una modernidad nihilista y socrática, no va a comprender su obra, ni siquiera su presentación mediante prólogos, pues desconoce el vivir peligrosamente, desconoce lo que es la experiencia de vivir la enfermedad y superarla. Desconoce la íntima relación entre salud, enfermedad y filosofía. Sólo para aquel que ha vivido la enfermedad, que ha vivido la soledad, no es necesario un prólogo, una presentación que justifique su pensar. Pero al mismo tiempo, porque la cultura está enferma y no es consciente de ella, el prólogo se vuelve necesidad. El prólogo como la presentación de un cuerpo, el libro, que hablará de sí, contra sí, desde sí, para superarse a sí. La escritura y el libro como el gesto estilístico del filosofar. El inverso del diagnóstico y de la destrucción, del martillo, de la dinamita, del topo. El estilo, como el modo del pensar que asume la enfermedad, la enfrenta y así la filosofía de Nietzsche es toda ella, el estilo del pensar. La pregunta ya no es qué es el valor, sino

desde dónde se valora. Los prólogos vienen a ser los documentos que registran tal desplazamiento, que registran la lucha contra la enfermedad, la vivencia del “subterráneo”, que vuelve, una vez que ha descendido a la oscuridad, al subsuelo y libra una batalla.

Aprender a leer a Nietzsche en ese particular ejercicio genealógico viene a significar que el giro nietzscheano de la filosofía consiste en cómo el hombre, cada individuo, queda desnudo ante su propia condición, ante su condición de ser vivo, y es capaz de superarse a sí mismo, donde superarse es experimentarse a sí mismo, lo que configura un estilo, un *ethos*, un modo de llegar a ser el que se es, donde la forma, la propia forma, lo constituye en un ejercicio y experimento permanente.

La escritura como experimento. El estilo como experimento de sí mismo. La necesidad de que la expresión remita no sólo a la forma de expresión, o dicho de otro modo la filosofía con Nietzsche tiene que ver con él mismo, con su individualidad, con su estilo. El estilo remite a una forma, a un modo que supone en términos literarios, la forma en que se escribe, el modo en que se empuña la mano y se transmiten las ideas, si entendemos por eso el estilo, esto en Nietzsche, es mucho más que una mera forma, o dicho de otro modo, la forma se apodera del contenido en la medida que ambas, forma y contenido, son una y constituyen el pensar de Nietzsche y a Nietzsche mismo. Los contenidos del pensamiento de Nietzsche son la tematización de un aspecto central en cuanto formal: el estilo. El estilo es el problema filosófico y los prólogos son la presentación y desarrollo de tal tesis.

La filosofía como escena se asoma así a un punto esencial. Así forma y contenido se imbrican, se nutren,

compareciendo así el estilo. ¿Qué ha ocurrido aquí? La cuestión viene a ser fundamental y hasta el momento podemos reconocer algunos hitos que permiten comprender: Nietzsche se reconoce enfermo en su contacto y contagio con el romanticismo e idealismo de Wagner y Schopenhauer. Tal contagio, al ser reconocido le provoca en su distanciamiento, la soledad y el encuentro con su propia condición. Desde allí escribe y piensa textos que, según lo expresado por los prólogos escritos con posterioridad, son el resultado de dicha batalla con la enfermedad de su época reconocida en él. Síntoma -enfermedad- desasimiento. Finalmente, en el momento de la escritura de los prólogos, su febril escritura, se encuentra con el problema de su época. Así, su filosofía se escribe precisamente en el momento que remite al pasado de su época y se proyecta en su intento de transvalorarla. ¿Cómo se presenta entonces el Nietzsche que ha triunfado sobre la muerte que esperaba, sobre el destino que pensaba le aguardaba inevitablemente? En primer término desde la llamada “segunda inocencia”. Se regresa de la enfermedad, se la supera y ocurre un “nuevo nacimiento” que trae nuevas verdades, nuevas fuerzas, nuevos proyectos. De la enfermedad se regresa como recién nacido, se regresa porque se ha estado exiliado.

El desplazamiento de la enfermedad aquí tiene su formulación más clara, pues el gran desasimiento es una ejercitación, casi metodológica como la duda cartesiana, como ejercicio de abandono de las creencias de una época, y desde allí se vuelve como recién nacido, con una segunda inocencia, inocencia que se enfrenta a la culpa que ha instalado aquella interpretación judeo-cristiana, interpretación que para Nietzsche está agotada, y que constituye el nihilismo. Segunda inocencia y segundo nacimiento. Del desierto se vuelve distinto, se vuelve más

fuerte, menos ingenuo, aunque inocente, más peligroso en la alegría, en la jovialidad, con nueva piel, desollado. Menos adolescentes, más artistas, dice Nietzsche, siendo más aptos para la verdad, más aptos precisamente porque ella se muestra de otro modo:

Una verdad de artistas, una verdad para artistas. El arte nuevamente se aproxima a la cúspide del pensar nietzscheano. Decimos “nuevamente” precisamente porque toda la obra de Nietzsche, el arte se transforma en un punto crucial, y es también en el arte, su relación con él, que Nietzsche expresa sus relaciones filosóficas. El arte como justificación de la existencia, tesis fundamental de *El Nacimiento de la tragedia* es una tesis Schopenhaueriana, idealista y pesimista en varios aspectos. Por eso la necesidad de otro arte, un arte ya no metafísico, sino burlón, jovial, alegre, ya no pesado y grave, ya no idealista ni dualista (el uno primordial y los individuos; la cosa en sí y el fenómeno). Si la verdad dejó de ser metafísica, esto es, una realidad profunda que subyace por detrás de los fenómenos, de las cosas, del mismo modo es imposible un arte redentor que justifique el sufrimiento. Ya no podemos ser dueños de una Verdad, porque ya no la hay. Lo que la primera obra de Nietzsche pretendía exponer era precisamente aquello, esto es, que los griegos comprendieron que sólo el arte (la tragedia) justificaba el valle de lágrimas de la existencia, y que por eso mismo, su pesimismo de la fortaleza, los hacía ser grandes, porque comprendieron que no había excusas ni relatos que salvaran aquella desmesura de la existencia, aquella injustificabilidad propia de la vida

Y precisamente la filosofía, con Sócrates, lo que realiza es justificar, dar razones, argumentar teóricamente, pretendiendo explicar ese mundo, esa vida. Así, la filosofía

en su gesto fundacional ya contenía el nihilismo como destino, ya lo comprendía. La enfermedad de la filosofía negando la vida en su despliegue. Si ya conocemos el desplazamiento de la enfermedad, de la enfermedad de la filosofía, ¿cómo se vuelve de la enfermedad?

Una relación experiencial con la verdad supone que nuestra actitud ya no es la misma. El idealismo, el romanticismo, asumen una verdad metafísica que conlleva una actitud: la verdad a todo precio y desnuda. Una desnudez que implica un decir la verdad a todo precio tal cual es. ¡Qué obscenidad! ¿Qué le ha enseñado la enfermedad y su lucha con ella? ¿Cuál es su nueva sabiduría? Que la verdad y la lucha por ella tiene ciertos caminos, ciertas verdades que competen a quienes creen que la verdad es sagrada, sacra, pura, ideal (¡cómo resuena aquí el “amor a la sabiduría”!), aquella actitud filosófica que lucha por la verdad queriendo develar lo que es mantenido oculto). Ya no se piensa así, se ha vuelto de otro modo, se ha vuelto transformado, distinto, más burlón, irónico, alegre, serio. La verdad se oculta, permanece oculta y es de mal gusto pensar que está en todas partes, se debe ser pudoroso con la verdad. Primer giro: obscenidad adolescente — pudor artista. La obscenidad, la falta de vergüenza y pudor, la falta de recato radica en la actitud adolescente de querer mostrar y develar la verdad. La actitud del que adolece de pudor. El pudor, la vergüenza, el respetar la verdad en su ocultarse viene a ser lo que la niña nos enseña. La inocencia representada por la niña, le enseña a la filosofía y a los filósofos cómo deben tratar con la verdad. El pudor de dejar la verdad en su ocultarse, es lo que la filosofía debe hacer, es lo que tiene que aprender de los artistas. Los filósofos lo que han hecho es conocer y mostrar la verdad de manera dogmática e idealista, porque ellos no saben de mujeres, de infancia, de

inocencia. Pero comparece un segundo giro: pudor artista — obscenidad irónica. Asunto crucial: pudor y obscenidad.

Nietzsche aquí es enigmático e irónico, lúdicamente irónico. Nos ha dicho que ha triunfado sobre la muerte y la enfermedad, que ha nacido de nuevo, que ya no es el mismo, que su actitud con la verdad ya no es la misma, y que por eso mismo su concepción de arte ya no es el mismo, es otro arte: del arte metafísico al arte jovial, de la verdad idealista a la verdad enigmática y metafórica. Y para ello el doble giro: obscenidad adolescente-pudor artista-obscenidad irónica juega un papel fundamental en su concepción de la verdad.

¿Por qué esta obscenidad irónica se apropia de la escena de la verdad? La anécdota (nuevamente Diógenes) viene a ser el momento en que la verdad se devela, pero no desnuda, no a cualquier precio. Difieren los dos tipos de obscenidad, precisamente por el par ingenuidad-ironía.

Los adolescentes pueden no estar equivocados, pero cometen un error, no dejan que su exterioridad, su síntoma. La anécdota es el modo de acceso a ella, porque la anécdota muestra el absurdo en su ironía, muestra a la verdad en su darse irónico, humorístico, jovial. La verdad no es más ni menos que esa ironía obscena, no hay nada más que eso y así todo desvivir, por una profundidad ahora reconocida como inexistente, provoca el absurdo, pero al mismo tiempo la jovialidad, la alegría. La verdad es mujer y los filósofos no saben de ella. Así, en el relato de Baubo, lo que se juega es precisamente la disolución del binomio superficie-profundidad. No hay más que superficie, la verdad es superficie, precisamente por ser profunda. En esos los griegos sabían vivir, porque comprendían que la profundidad del dolor de la existencia, de aquella verdad

que el Sileno les había entregado, que indicaba que lo mejor es no haber nacido o en su defecto, morir pronto , no tenía un trasfondo metafísico ni moral.

Había que quedarse en la superficie y comprender que la verdad, aquello que explicaba la vida, era una ironía, un saber trágico, aporético, que no tenía resolución y que para mostrar aquello no hacía falta un conocimiento moral. Por eso el saber trágico, que hizo grande a los griegos y los cuales Nietzsche ve como modelos, claro está cierta Grecia, consiste en quedarse o mantenerse en la superficie, en la piel, en los pliegues, los sonidos, porque no hay un más allá que explique ni justifique dicho dolor. No hay más que superficie, mejor dicho, no hay más que síntoma-superficie. Síntoma que diagnóstica, superficie que es pliegue, nihilismo que es síntoma, verdad que es superficie.

Así, el pensar de Nietzsche, presionado por los síntomas de su enfermedad, es el intento de superarlos en el desasimiento y el experimento. Tal experimento como ensayo y tentativa de sí mismo, como estilo de la propia vida, como configuración de su ser personaje, que se crea a sí mismo en un peligroso viaje, donde todo lo absoluto, las certezas, las creencias quedan en un estado dudoso, en un quizás que amerita un constante inventarse, donde la propia vida se transforma en una tentativa. Viaje, tentativa, quizás, estilo, síntoma, superficie, son exterioridades, torsos, metáforas de la vida, de la propia vida, de la que cada uno pretende, que nos remite a ese intento por experimentar día a día con nosotros mismos, con el estilo que cada uno intenta darle a la propia vida.

III | ASÍ HABLÓ NIETZSCHE

A 6.000 pies sobre el nivel del hombre y del tiempo. A 100 años de la muerte de Federico Nietzsche, el filósofo siempre póstumo, el mayor huracán en el horizonte humano, apostando por las posibilidades del pensamiento en esta deshumana encrucijada emputecida.

Nosotros, hijos del futuro, sonámbulos del día, los que aún vivimos, aún pensamos, aún tenemos que vivir, tenemos que pensar, tenemos que vivir y vivir peligrosamente con voluntad de eternizar, tomando por asalto el cielo, bajo la sombra, tras el sol.

Iluminados por la nueva aurora, con el viejo Dios muerto, zarparemos hacia cualquier peligro, con el mar nunca más abierto, rumiando por entre la noche, por mucho tiempo.

Alrededor de cada aquí gira la bola del allá. El centro está en todas partes. La senda de la eternidad es tortuosa. ¡Ya viene, ya se acerca el Gran Mediodía! Llegó nuestra hora, nuestra alborada. Nuestro día empieza. ¡Sube, sube, Gran Mediodía!

Tendremos que improvisar. Improvisar nuestro día. ¡Perder el suelo por alguna vez! ¡Flotar! ¡Error! ¡Estar locos! Debemos añadir a la virtud un grano de locura. Nuestro asombro: la dignidad de la locura.

Penuria, temor, terror, miedo. ¡La soledad! Lo que sabemos de nosotros mismos. Lo que otros saben de nosotros. Mantener en pie la duración del sueño. Imponerse la ley de la coincidencia. Se requiere de la más

virtuosa estupidez. Los que somos diferentes somos la excepción y el peligro

Luces y sombras. Prosa y poesía. Crecimiento después de la muerte. Aprender a rendir homenaje. Dios, el viejo Dios ha muerto. ¡Tenemos que vencer todavía su sombra! El mayor reproche a la existencia es Dios. ¿Qué habría de crearse si existieran los dioses? ¿De qué extraño lugar brotó la poesía? ¡Mucho mienten los poetas! ¡Ser cada uno su propio sacerdote! Reflexionar acerca de la necesidad de nuevos órdenes. Providencia personal, divina. ¡Ir hacia el sol! ¡Traer la luz a la tierra!

Alejarse de las cosas. Desfigurarlas. Darles superficie, piel. Nunca más guerreros, orgullosos, que cuando se cierne la tormenta. Crearse su propio sol. La vida es un medio del conocimiento. No reír, no llorar, no odiar, sino entender.

Aprender a oír. También el amor se tiene que aprender. ¡La alegría compartida! ¡La vida es una mujer! No dejarse engañar, no engañar, no engañarnos. ¿Dios mismo nuestra más larga mentira? ¿Será el hombre una equivocación de Dios? ¿O Dios una equivocación del hombre?

El fin de la tragedia es ser uno mismo, por encima del miedo y de la compasión, es la eterna alegría que lleva en sí el júbilo del aniquilamiento. Empéñate en ser tú mismo y lo serás.

No hay nada que ofenda tanto como el brusco convencimiento de las distancias... en inmensa soledad azulada... contra porvenires que aún no se han podido adivinar... Soy luz... Mi soledad nace de estar envuelto en luz. ¡Oh, soledad de todos los que dan! ¡Oh, silencio de

todos los que lucen! Como huracanes, los soles vuelven a lo largo de su ruta...

El hombre, una cosa informe, una materia, un pedrusco que necesita la mano del escultor.

Ardiente voluntad de crear me empuja inmensamente hacia los hombres. Mi martillo golpea cruelmente contra esa prisión... ¡No arrojes lejos de ti al héroe que hay en tu alma! He aquí que el día viene... El hombre es una cosa que debe ser superada: el cómo es cosa tuya... Profundo es el dolor, pero la alegría es más profunda que la pena... ¡Sube, pues, sube, Gran Mediodía!



Ecce Homo. Dionisios enfrente del crucificado.

E/W